

JOHN COLLIER

Fantasías y buenas noches

Prólogo de Ray Bradbury

Traducción de Natalia Herrero Martínez,
Ariadna Molinari Tato et al.



perla ediciones

JOHN COLLIER

Fantasías y buenas noches

Prólogo de Ray Bradbury
Traducción de Natalia Herrero Martínez,
Ariadna Molinari Tato et al.



perla ediciones

John Collier

FANTASÍAS Y BUENAS NOCHES

Prólogo de Ray Bradbury
Traducción de Enrique Calderón, Ana Inés Fernández,
Natalia Herrero, Hugo Labravo, Ariadna Molinari,
Mariana Morales y Ana Sánchez Vilchis

perla ediciones

Fantasías y buenas noches

Título original: *Fancies and Goodnights*

D. R. © 1951, John Collier

D. R. © 2003, Ray Bradbury, por el prólogo. Licencia otorgada por Casanovas & Lynch Literary Agency.

D. R. © 2021, Enrique Calderón, Ana Inés Fernández, Natalia Herrero, Hugo Labravo, Ariadna Molinari, Mariana Morales y Ana Sánchez Vilchis, por la traducción.

Ilustración de portada: Manuel Monroy.

Primera edición: diciembre de 2021

D. R. © 2021, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Perla Ediciones ®, S. A. de C. V.

Venecia 84-504, colonia Clavería, alcaldía Azcapotzalco, C. P. 02080, Ciudad de México

www.perlaediciones.com / contacto@perlaediciones.com

Facebook / Instagram / Twitter: @perlaediciones

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ISBN: 9786079952525

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.



Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación

ÍNDICE



Página de título
Página de créditos

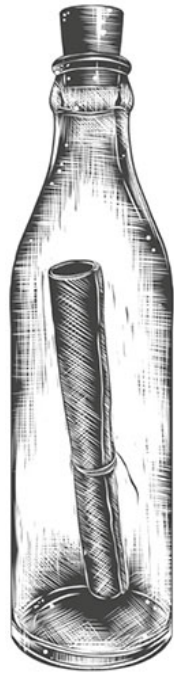
Prólogo, por Ray Bradbury

Cada cual su botella
De Mortuis
Amor de almacén
Dinero embrujado
¿Se te hizo tarde o se me hizo temprano?
Estrella caída
La clave está en la nuez moscada
La cabaña de los tres osos
Cinema Inferno
Sábado húmedo
A los roedores les brillan los ojos
Camino al infierno
La dama en gris
Incidente en un lago
Hiperasegurados

Viejos amigos
Las lonjas del príncipe rana
Temporada de brumas
Grandes posibilidades
En detrimento de Galsworthy
El diablo, George y Rosie
¡Ah, la universidad!
De regreso para Navidad
Otra tragedia americana
Colaboración
Azul de medianoche
Gavin O'Leary
Si la juventud supiera; si la vejez pudiera
Así niego a Belci
Entrega especial
Suficiente cuerda
Un recuerdito
Pensar en verde
El romance persiste, la aventura vive
Ave de presa
Variación sobre un tema
La noche, la juventud, París y la luna
El Gato de Acero
La bella durmiente
La interpretación de un sueño
Mary
No hay peor infierno
Si lo dicen las cartas
La invisible encantadora de palomas de Strathpheen Island
El lado adecuado
Fiebre de resortes
La juventud en Viena
La posesión de Ángela Bradshaw

Cancele todo lo que dije
El perseguidor

Acerca del autor
Acerca de este libro



PRÓLOGO



CUANDO TENÍA VEINTIDÓS AÑOS, un día mientras paseaba por la tienda departamental May Company, en el centro de Los Ángeles, descubrí un libro que estaba a punto de ser descartado por la librería del establecimiento y cuyo precio de oferta era de veinticinco centavos. El nombre en la portada era el de John Collier, y el título de la obra era *Presenting Moonshine*, una colección de cuentos cortos. Jamás había oído hablar de John Collier, pero, al llegar a casa y leer el libro, sus historias me cambiaron la vida. Y debo decir que la influencia de John Collier en mi vida, junto con la de Steinbeck, Hemingway, Heinlein y Kuttner, ha sido extraordinaria.

En el momento en que los editores de este volumen me contactaron y me pidieron que lo prologara, no pude contener la alegría, porque llevaba tres décadas atestiguando que, cuando mencionaba los nombres de Updike, Salinger o Cheever en las reuniones literarias, a la gente se le iluminaba el rostro, pero, si me atrevía a arrojar el nombre de John Collier al pozo literario, éste caía y se

hundía sin pena ni gloria. La obra de John Collier debió reimprimirse una y otra vez durante los últimos treinta o cuarenta años. Pero, por desgracia, no ha sido el caso. Por lo tanto, esta es su oportunidad para renacer, y ya era hora de que así fuera.

Me han pedido que seleccione mis historias favoritas de John Collier, pero el problema es que todas son mis favoritas. No me atrevo a nombrar a otro escritor del siglo xx cuya obra me brinde un placer tan absoluto. Sin embargo, si me obligaran a elegir mi momento predilecto de entre tantas historias favoritas, supongo que señalaría el comienzo de “Otra tragedia americana”. Helo aquí:

Un joven entró al consultorio de un distinguido odontólogo y se recostó en la silla. Con cierto desaire, hizo a un lado el espejo y el periodontal con los que el dentista sonriente se le aproximó.

—Sáquemelos todos —le exigió.

—¡Pero si sus dientes se ven perfectamente bien! —exclamó el dentista.

—¿Sabe qué también se ve bien? —respondió el joven—. Mi dinero.

Y así es como se empieza un cuento.

Ahora bien, si John Collier es tan extraordinario como afirmo, ¿por qué es tan poco conocido en la actualidad? En parte puede deberse a que el propio Collier descuidó su carrera como escritor de relatos, aunque fuera su principal talento. Con el paso de los años se enfocó cada vez más en la escritura de guiones para cine y televisión. Por ejemplo, John Collier pulió el guion de *La reina africana*, pero no se le dio crédito. También escribió siete episodios de *Alfred Hitchcock presenta*. Además, uno de sus cuentos, “El perseguidor”, sirvió de base para un episodio de *La dimensión desconocida* en los años sesenta.

También escribió un guion basado en *El paraíso perdido* de Milton, el cual Knopf publicó en 1973 bajo el título

Milton's Paradise Lost: Screenplay for Cinema of the Mind. En mi opinión, ese guion es por sí solo una obra soberbia. Al examinar otros de los guiones de Collier, empezando por *Sylvia Scarlett* (1935) y *Elephant Boy* (1937), y siguiendo con *I Am a Camera* (1955) y *The War Lord* (1965), en realidad no encuentro un vínculo obvio entre su trabajo para cine y su interés menguante en la escritura de relatos breves. A lo mucho podría decirse que, en cierto momento de su vida, la fascinación de crear esas historias simplemente se esfumó. No obstante, Collier debía de saber que la gente que escribe guiones cae en el olvido tan pronto como la película sale al mercado. Nadie recuerda a los guionistas de *Lo que el viento se llevó*, *Rebecca* o *La edad de la inocencia*.

¿Qué tipo de escritor de relatos cortos es John Collier? Su obra existe en un mundo similar al de P. G. Wodehouse y su Reginald Jeeves, Saki (seudónimo de H. H. Munro) y Thorne Smith, autor de *Topper* y *los fantasmas joviales*. Wodehouse escribió comedias desternillantes sobre las excentricidades ridículas de la clase alta, y obtuvo reconocimiento gracias a que le dio a su público la oportunidad de observar esa ridiculez y sentirse superior a ella. Saki, por su parte, fue descubierto a principios de los años veinte. Publicaba libros de esos que uno siempre exhibe en casa, como un perro de pedigrí, para convencer a las amistades de que tiene algo de cerebro. Los relatos de Thorne Smith sobre deslices sexuales aparecieron a comienzos de la década de los treinta. Entonces parecían meros coqueteos, y la gente examinaba sus novelas con microscopio en busca de las moléculas de lujuria. Hoy día, encontrar esas moléculas es casi imposible, pero en esa época logró que el tipo de

ridiculeces de clase alta que él representaba en su obra les resultaran significativas a muchachitos de quince años que se llevaban sus libros a la cama.

Sin embargo, ¿qué pasa con Collier en la actualidad? Al examinar sus libros tantos años después, podría decirse que Collier resalta porque no es políticamente correcto ni políticamente incorrecto. Entre sus historias y la política hay una desconexión absoluta. No hay un cordón umbilical entre los personajes del mundo de Collier y el mundo en que vivimos. El suyo es un mundo donde puede ocurrir cualquier cosa, y donde cualquier cosa ocurre. Puesto que el de John Collier es un mundo de pureza, es muy difícil discutirlo con colegas intelectuales una vez que dejas de lado el libro. Es posible parafrasear sus relatos, pero es imposible vincularlos con argumentos de índole sociopolítica.

Por ende, una razón por la que John Collier ha pasado al olvido es que era un excéntrico con la ceja arqueada y una sonrisa única. Al no encajar en las etiquetas de la corrección o incorrección política, se adelantó unos cuarenta o cincuenta años a su tiempo. ¡Y gracias a Dios las historias aquí contenidas no son serias! Vivimos en una época que se ha vuelto demasiado seria, que nos inunda con noticias tristes. Pero a John Collier le gustaba viajar ligero. Reconocía la ironía en los encuentros humanos y lo divertido que era ponerla en papel.

Una de las razones por las que me sumé a la mesa de escritores del programa de televisión *Alfred Hitchcock presenta* fue por su interés en John Collier. Aquella serie adaptó quince de sus relatos, entre los cuales “Sábado húmedo” ocupó un lugar central. Si Hitch es

suficientemente bueno para Collier, es suficientemente bueno para mí, pensé.

Años después, tras asistir a una cena de premiación con Rod Serling, el creador y anfitrión de *La dimensión desconocida*, me confesó que, aunque estaba por comenzar una serie nueva, no sabía mucho sobre fantasía y ciencia ficción. “Ven”, le dije, y lo llevé a mi sótano para enfundarlo con libros de Richard Matheson, Charles Beaumont, Roald Dahl y la cereza del pastel: John Collier. “Listo. Ahí tienes tu dimensión desconocida.” Rob se fue con los brazos llenos de tesoros.

Siempre quise cenar con John Collier para preguntarle: “¿Cuál es tu secreto para lograr esto?”. Y mi gran oportunidad llegó el día que me invitaron a una cena navideña en Hollywood Hills. En circunstancias habituales, habría rechazado la invitación, pues provenía de una dama a la que conocía muy poco, además de que estaría rodeado de desconocidos.

—Tienes que venir —insistió ella—. El señor John Collier y su esposa nos acompañarán.

—¡Ahí estaré! —exclamé.

Asistí, la cena estuvo bien, y me senté frente a Collier y su esposa, con aquella pregunta estremeciéndome los labios. Pero la señora Collier conversó durante los cocteles, relató sus viajes durante la ensalada, continuó viajando durante el plato principal y seguía sin terminar cuando llegó el postre, al cual siguieron más remembranzas hasta cerca de la medianoche.

Finalmente, poco antes de las doce, los Collier se prepararon para partir. Sin dejar de conversar con medio mundo, la señora Collier guio a John hasta la puerta, donde él se dio media vuelta, sonrió y abrió la boca para decir algo.

Por fin, pensé. Es ahora o nunca.

—¡Feliz navidad! —dijo John Collier y cerró la puerta al salir.

¡Maldición!

Gracias a eso, nunca sabremos la respuesta a esa pregunta.

RAY BRADBURY
Mayo de 2003

CADA CUAL SU BOTELLA



FRANKLIN FLETCHER SOÑABA CON UNA VIDA LLENA DE LUJOS, como pieles de tigre y mujeres hermosas, aunque de ser necesario podría sobrevivir sin las pieles de tigre. Por desgracia para él, las mujeres hermosas parecían ser igual de escasas e inaccesibles. Tanto en su oficina como en la casa de huéspedes donde vivía, las chicas eran escurridizas como ratoncitas, o maliciosas como felinas, o coquetas como mininas, o no habían leído sus avisos de ocasión con detenimiento; no conocía mujeres de otro tipo. A los treinta y cinco años se había dado por vencido y había decidido que lo reconfortaría tener un pasatiempo, aunque se tratara de un mísero premio de consolación.

Empezó a pasear por los rincones más apartados de la ciudad, mirando por las ventanas de las tiendas de antigüedades y baratijas, en busca de algo que coleccionar. Un día se detuvo frente a una tienda humilde, en un callejón humilde, en cuyo aparador polvoriento reposaba un objeto: un barco en miniatura completamente armado en el interior de una botella. Pensó que él también se sentía atrapado

como esa minúscula embarcación, y decidió entrar a la tienda y preguntar cuánto costaba.

El local era pequeño y estaba prácticamente vacío. Los muros estaban tapizados de repisas desvencijadas, sobre las cuales reposaban botellas de distintos tamaños y formas con objetos diversos en su interior, que sólo resultaban interesantes por estar embotellados. Mientras Franklin recorría la tienda, se abrió una puertecilla, de la cual emergió el dueño del local, arrastrando un poco los pies; era un hombre viejo y arrugado, con un fez sobre la cabeza, que se veía un tanto sorprendido y a la vez complacido de tener un cliente.

Le mostró a Franklin ramos de flores, aves del paraíso, la batalla de Gettysburg, jardines japoneses diminutos y hasta una cabeza de jíbaro; todos conservados en botellas.

—¿Qué son esos objetos que están en el último estante? —preguntó Frank.

—No son la gran cosa —respondió el viejo—. Mucha gente piensa que baratijas. Pero en lo personal, me gustan. —El viejo extrajo algunos especímenes de la polvorienta oscuridad en que se encontraban. Uno parecía contener sólo una mosca disecada; otros guardaban pelo de caballo o paja, o meras briznas de cosas imposibles de identificar; y unos más parecían estar llenos de humo grisáceo o tornasol —. Son diversos tipos de espíritus, genios, sibilas, demonios y cosas por el estilo. Pienso que algunos son mucho más difíciles de introducir en una botella que un barco con todas sus velas izadas.

—¡Pero, hombre, esto es Nueva York! —arguyó Frank.

—Por eso es de esperarse que existan los más extraordinarios genios embotellados. Permíteme mostrarte lo que tengo. Espera un momento. La tapa está un poco atascada.

—¿Quieres decir que hay un genio ahí dentro? —preguntó Frank—. ¿Vas a liberarlo?

—¿Por qué no? —dijo el viejo, desistiendo de abrir la botella, para luego alzarla e inspeccionarla a contraluz—. Esta... ¡Cielo santo! Pero si me está fallando la vista. Por poco abro la botella equivocada. Aquí vive un tipo repugnante. ¡Cielos! Qué bueno que no la destapé; lo mejor será regresarla a su lugar. Que no se me olvide que está en la esquina inferior derecha. Un día de estos le pondré una etiqueta para diferenciarla del resto. Aquí hay algo más inofensivo.

—¿Qué es? —inquirió Frank.

—Se supone que es la mujer más bella del mundo —aseguró el viejo—. No está mal, si valoras ese tipo de cosas. En lo personal, nunca me ha interesado destapar esa botella. Estoy seguro de que daré con algo más interesante.

—En realidad, desde un punto de vista científico... —intervino Frank.

—La ciencia no lo es todo —lo interrumpió el viejo—. Mira esto. —Alzó una botella que contenía un objeto minúsculo, momificado y de apariencia insectívora que apenas se distinguía a través de la mugre—. Pega la oreja al cristal —le indicó.

Frank obedeció y escuchó una especie de voz silbante que repetía una y otra y otra vez:

—Louisiana Lad, Saratoga, cuatro con quince. Louisiana Lad, Saratoga, cuatro con quince.

—Pero, ¿qué demonios es eso? —dijo Frank.

—Se trata de la auténtica sibila cumana. Es interesantísima. Se aficionó a las carreras de caballos.

—Sin duda es muy interesante —dijo Frank—. De cualquier manera, preferiría echarle un vistazo a la otra. Adoro las cosas bellas.

—Así que tienes alma de artista, ¿eh? —dijo el viejo—. Confía en mí; lo que más te conviene es alguien bueno y servicial. Mira, aquí hay uno. Por experiencia te recomiendo a este hombrecillo. Resulta muy práctico y te consigue lo que deseas.

—De acuerdo —contestó Frank—. Pero, si es cierto lo que dices, ¿por qué no tienes un palacio, pieles de tigre y esa clase de cosas?

—Sí tuve esas cosas —admitió el viejo—. Y él fue quien me las consiguió. Sí, esta fue mi primera botella. Las demás provinieron de él. Primero tuve un palacio, obras de arte, objetos de mármol, esclavos. Y, como dices, pieles de tigre. Le pedí que metiera a Cleopatra en una de las botellas.

—¿Y cómo era ella? —preguntó Frank, asombrado.

—No estaba mal —respondió el viejo—, si valoras ese tipo de cosas. La verdad es que me aburrí. Luego supe que lo que en realidad quería era tener un modesto establecimiento con los objetos más variopintos almacenados en botellas. Entonces le pedí que se encargara de ese asunto. Él fue quien me consiguió a la sibila. También me consiguió al sujeto feroz que ves ahí. De hecho, los consiguió a todos.

—Entonces, ¿está en esa botella? —dijo Frank.

—Sí, ahí está —contestó el viejo—. Escúchalo.

Frank pegó la oreja a la botella y escuchó la voz más lastimera posible que repetía las siguientes palabras:

—¡Déjame salir! Vamos. Por favor, déjame salir. Haré lo que me pidas. Déjame salir. Soy inofensivo. Por favor, déjame salir. Aunque sea por un ratito. Déjame salir. Vamos, déjame salir. Haré lo que sea. Por favor...

Frank miró al viejo:

—No cabe duda de que está ahí —afirmó—. No cabe duda.

—Pues claro que está ahí —dijo el viejo—. Sería incapaz de venderte una botella vacía. ¿Por quién me tomas? Es más, por motivos sentimentales, no le vendería esta botella a nadie. Es sólo que hace mucho que tengo esta tienda y tú eres mi primer cliente.

Frank volvió a acercar la oreja a la botella.

—¡Déjame salir! ¡Déjame salir! Por favor, déjame salir. Haré...

—¡Dios mío! —exclamó Frank, consternado—. ¿Nunca para de hablar?

—Supongo que no —contestó el viejo—. Debo admitir que nunca lo escucho. Prefiero la radio.

—Debe ser una situación difícil para él —dijo Frank con compasión.

—Puede que sí —reconoció el viejo—. Al parecer los de su especie tienen aversión a las botellas. En cambio, yo las amo. Me resultan fascinantes. Por ejemplo, yo...

—Dime la verdad —le suplicó Frank—. ¿En serio es inofensivo?

—Sí, claro —confirmó el viejo—. Por supuesto que sí. Algunas personas los consideran embusteros, por aquello de la sangre oriental y demás, pero a mí él nunca me lo ha parecido. Antes lo dejaba salir; él hacía sus cosas y luego volvía a meterse a la botella. Debo reconocer que es muy eficiente.

—¿Y podría conseguirme cualquier cosa?

—Lo que sea.

—¿Cuánto quieres por él? —preguntó Frank.

—Hum, no lo sé —respondió el viejo—. Tal vez diez millones de dólares.

—¡Por Dios! No tengo tanto dinero. Aun así, si es tan bueno como dices, tal vez podríamos establecer un esquema de pago a plazos.

—No te preocupes. En vez de eso, dejémoslo en cinco dólares. En realidad, tengo todo lo que necesito. ¿Quieres que lo envuelva para regalo?

Frank pagó los cinco dólares acordados y se apresuró a llegar a casa con la preciada botella, pues temía romperla. Tan pronto entró a su habitación, retiró la tapa. Del interior de la botella escapó una gran cantidad de humo oleaginoso que de inmediato se materializó en la figura de un desagradable y corpulento hombre oriental, de más de dos metros de altura, con abundantes lonjas, nariz aguileña, una blancura espeluznante en los ojos y papada prominente, muy parecido a un mafioso italiano, aunque de mayor tamaño. Desesperado por encontrar algo que decir, Frank ordenó shashlik, kebabs y otras delicias turcas. Y dichos manjares aparecieron de inmediato.

Tras recomponerse, Frank se percató de que esos modestos alimentos eran de la más alta calidad, además de estar dispuestos sobre vajillas de oro macizo, con grabados soberbios y tan pulidas que tenían un brillo deslumbrante. Detalles como éstos revelaban la mano de un sirviente de primera. Aunque Frank estaba encantado, contuvo un poco el entusiasmo.

—La vajilla de oro está muy bien —dijo—. Pero vayamos al grano. Me gustaría tener un palacio.

—Sus deseos —respondió el fornido siervo— son órdenes.

—Deberá ser de buen tamaño, estar bien ubicado, bien amueblado, bien decorado con obras de arte, objetos de mármol, tapices y todas esas cosas. Quisiera que hubiera muchas pieles de tigre. Adoro las pieles de tigre.

—Así será —contestó su esclavo.

—Como bien señaló tu anterior dueño —prosiguió Frank—, tengo alma de artista. Mi arte, por así llamarlo, requiere la presencia de un grupo de jóvenes, algunas rubias, otras

castañas, algunas pequeñas, otras majestuosas, algunas lánguidas, otras vivaces, todas ellas hermosas, pero que no vistan con recato. Odio el recato porque raya en la vulgaridad. ¿Entendiste todo?

—Sí —respondió el genio.

—Entonces, dámelo —exigió Frank.

—Sólo tengo una condición —dijo el sirviente—: que cierre los ojos durante un minuto, y al abrirlos se encontrará rodeado de los objetos agradables que ha descrito.

—De acuerdo —dijo Frank—. Pero nada de trucos, ¿eh?

Cerró los ojos como se lo habían solicitado. Un zumbido grave y musical, similar a un soplido, se escuchó primero fuerte y después débil. Transcurrido un minuto, Frank miró a su alrededor: había arcos, pilares, objetos de mármol, tapices, etcétera, del palacio más exquisito que pudiera imaginarse, y dondequiera que miraba había pieles de tigre, y sobre cada piel de tigre se recostaba una joven de belleza incomparable que, por supuesto, no vestía con vulgar recato.

Nuestro querido Frank estaba, por decir lo menos, extasiado. Revoloteaba de un lado a otro como abeja en florería. En cada rincón lo recibían sonrisas empalagosas como la miel y miradas abierta o disimuladamente sugerentes. Una mejilla sonrojada por aquí, un guiño por allá. El rostro encendido de la pasión. Un torso girándose de hombros, pero nunca lo suficiente como para dar la espalda. Ahí lo acogían con los brazos abiertos, ¡y vaya, qué brazos! Ahí existía el amor encubierto, aunque inútilmente. Ahí triunfaba el amor.

—Debo admitir —dijo Frank horas más tarde— que he pasado una tarde maravillosa. La he disfrutado como nunca.

—Entonces, si no es mucha molestia, quisiera pedirle —dijo el genio, que en ese momento le servía la cena— que

me conceda el honor de ser su mayordomo, así como administrador general de sus placeres, en vez de regresarme a esa abominable botella.

—No veo por qué no —contestó Frank—. Sin duda alguna, después de lo que has hecho por mí, resulta un poco cruel devolverte al confinamiento de la botella. Pues bien, acepto que seas mi mayordomo, pero debes entender que, sin importar cuál sea la costumbre, nunca deberás entrar a una habitación sin avisar. Y, por sobre todas las cosas: nada de trucos.

Con sonrisa fingida, el genio le dio las gracias y salió de la habitación, mientras que Frank se retiró poco después para reunirse con su harén, con el que pasó una velada igual de placentera que su tarde.

Luego de dedicar varias semanas a esos agradables pasatiempos, Frank, obedeciendo a una ley que ni el genio más eficiente podía descontar, se volvía cada vez más quisquilloso, se sentía cada vez más hastiado, y notaba que era más propenso a criticar y encontrar errores.

—Estas criaturas son jóvenes y muy hermosas, si valoras ese tipo de cosas, pero dudo que sean de gran calidad. De lo contrario, sentiría mayor interés por ellas. A fin de cuentas, soy un conoedor; nada puede complacerme si no es lo mejor de lo mejor. Llévatelas. Y enrolla todas las pieles de tigre, excepto una.

—Sus deseos son órdenes —aceptó el genio—. ¡Listo!

—Y quiero que, sobre esa piel de tigre restante — prosiguió Frank—, hagas aparecer a la mismísima Cleopatra.

En un abrir y cerrar de ojos, Cleopatra se materializó en el lugar y, dicho sea de paso, lucía más espléndida de lo imaginado.

—¡Hola! —dijo ella—. ¡Heme aquí otra vez, sobre una piel de tigre!

—¿Otra vez? —exclamó Frank, recordando de pronto al viejo de la tienda—. Ten. Llévatela y tráeme a Helena de Troya.

En un abrir y cerrar de ojos, Helena de Troya se materializó en el lugar.

—¡Hola! —dijo ella—. ¡Heme aquí otra vez, sobre una piel de tigre!

—¿Otra vez? —exclamó Frank—. ¡Maldito anciano! Llévatela y tráeme a la reina Ginebra.

Ginebra profirió exactamente las mismas palabras; y así también lo hicieron madame de Pompadour, lady Hamilton, y todas las mujeres bellas y famosas que se le ocurrieron a Frank.

—¡Ahora entiendo por qué ese viejo está tan arrugado! ¡El viejo pillo! ¡El viejo diablo! Les ha robado el brillo. Dirán que soy celoso, pero no seré el plato de segunda mesa de ese horrible viejo bribón. ¿Dónde encontraré a esa criatura perfecta y digna de los afectos de un conecedor como yo?

—Disculpe mi atrevimiento —dijo el genio—, pero, si esa pregunta va dirigida a mí, le recuerdo que en aquella tienda había una botellita que mi antiguo amo nunca se atrevió a abrir, y que le ofrecí luego de que perdiera el interés en esta clase de asuntos. No obstante, se rumora que contiene a la mujer más hermosa del mundo.

—Tienes razón —exclamó Frank—. Tráeme esa botella de inmediato.

En cuestión de segundos, la botella apareció frente a él.

—Tómame la tarde libre —le anunció Frank al genio.

—Gracias —respondió el genio—. Iré a visitar a mi familia a Arabia. Hace tiempo que no los veo.

Luego hizo una reverencia y salió de la habitación. Frank volvió su atención hacia la botella, que tardó muy poco en abrir.

Del interior de la botella emergió la mujer más hermosa imaginable. Comparadas con ella, Cleopatra y las demás no eran más que viejos esperpentos.

—¿Dónde estoy? —dijo ella—. ¿Qué es este hermoso palacio? ¿Qué hago recostada sobre una piel de tigre? ¿Quién es este joven y apuesto príncipe?

—¡Soy yo! —exclamó Frank, embelesado—. ¡Soy yo!

La tarde transcurrió en un auténtico idilio. Antes de que Frank lo notara, el genio había regresado y estaba listo para servir la cena. Frank debía merendar con la joven que lo había hechizado, pues esta vez estaba enamorado y se trataba de un amor verdadero. Al entrar al cuarto con las viandas, el genio quedó pasmado ante tanta belleza, y su mirada adoptó un brillo picaresco.

Sucedió que Frank, en un arrebató de amor y agitación, salió corriendo al jardín entre dos bocados para cortar una rosa y llevársela a su amada. Con la excusa de servirle otra copa de vino, el genio se acercó bastante a la joven.

—No sé si me recuerdes —le susurró al oído—. Estaba en la botella contigua a la tuya. Solía admirarte a través del cristal.

—Ah, sí —dijo ella—. Te recuerdo muy bien.

En ese momento, Frank regresó. El genio ya no podía seguir hablando, pero se paseaba por la habitación inflando su pecho monstruoso y presumiendo sus músculos morenos y rechonchos.

—No temas —dijo Frank—. Es sólo un genio. No le prestes atención. Dime si en verdad me amas.

—Claro que te amo —dijo ella.

—Bueno, pues dilo —demandó Frank—. ¿Por qué no lo dices?

—Ya lo he dicho —respondió ella—. Claro que te amo. Eso es decirlo, ¿no?

Esa respuesta ambigua y evasiva ensombreció la felicidad de Frank, como si una nube hubiera tapado el sol. En su mente se sembró la duda, lo que arruinó de inmediato esos momentos de alegría exquisita.

—¿En qué piensas? —le preguntaba Frank.

—No lo sé —respondía ella.

—Bueno, pues deberías saberlo —decía él, y eso daba pie a una pelea.

Incluso en una o dos ocasiones le ordenó que regresara a su botella, y ella obedeció con una sonrisa maliciosa y furtiva.

—¿Por qué me sonreirá de esa manera? —le dijo Frank al genio, a quien le confesó su angustia.

—No lo sé —respondió el genio—. A menos que tenga un amante escondido allí dentro.

—¿Eso es posible? —exclamó Frank, consternado.

—Le sorprendería saber cuánto espacio hay dentro de una de estas botellas —comentó el genio.

—¡Sal de ahí! —exclamó Frank—. ¡Sal de ahí en este instante! —Su joven hechicera emergió obedientemente—. ¿Hay alguien más en esa botella? —exclamó Frank.

—¿Cómo podría haberlo? —preguntó ella con exagerada inocencia.

—No evadas la pregunta —dijo él—. Respóndeme sí o no.

—Sí o no —respondió ella, remedándolo.

—¡Maldita perra mentirosa y embustera! —exclamó Frank—. Yo mismo entraré a esa botella para cerciorarme de que no haya nadie ahí. Y, si encuentro a alguien, ¡que Dios los ampare a ambos! —Con eso, y una gran determinación, se introdujo en la botella. Miró a su alrededor: no había nadie. De pronto escuchó un ruido por encima de su cabeza. Miró hacia arriba y vio cómo empujaban el tapón de la botella—. ¿Qué hacen? —exclamó Frank.

—Estamos poniendo la tapa —dijo el genio.

Frank maldijo, rogó, rezó e imploró.

—¡Déjenme salir! —exclamó—. ¡Déjenme salir! Por favor, déjenme salir. Vamos, déjenme salir. Haré lo que me pidan. Déjenme salir, ¿sí?

Sin embargo, el genio tenía otros asuntos que atender. A través de las paredes cristalinas de su prisión Frank atestiguó, mortificado, esos otros asuntos. Al día siguiente recogieron su botella, la alzaron por los aires y luego la depositaron en la tiendita polvorienta, entre las demás botellas, donde nadie se había percatado siquiera de su ausencia.

Ahí permaneció por un periodo interminable, acumulando polvo, loco de rabia cada vez que pensaba en lo que sucedía en su exquisito palacio, entre el genio y la hechicera infiel. Finalmente, un grupo de marineros entró a la tienda por casualidad y, al escuchar que esta botella contenía a la mujer más hermosa del mundo, acordaron comprarla entre todos. Cuando destaparon la botella en altamar y descubrieron que su único tripulante era el pobre Frank, su decepción fue inconmensurable, lo que los llevó a tratarlo con el mayor salvajismo posible.

DE MORTUIS



EL SEÑOR RANKIN ERA UN HOMBRE CORPULENTO Y DEMACRADO que hasta con el traje más nuevo se veía anticuado, como si se tratara de una fotografía tomada hace veinte años. Esto se debía a la forma cuadrada y plana de su torso, que parecía confeccionado por un fabricante de cajas de embalaje. Además, su rostro era rígido y parecía esculpido a medias, y su pelo se asemejaba a una peluca despeinada. Sus manos eran enormes y torpes, lo cual resultaba útil para el médico de un pueblito estadounidense donde la gente aún conservaba el gusto por lo absurdo, como creer que, cuanto más se pareciera una mano a la garra de un simio, más precisa sería en la delicada práctica de una amigdalectomía.

En el caso del doctor Rankin, esta conclusión se justificaba a la perfección. Por ejemplo, aquella hermosa mañana en particular, pese a que su tarea no implicaba más que cubrir de cemento un pedazo de piso en el sótano, empleó esas manos largas y torpes con la seguridad de quien nunca olvidaría una esponja dentro de un cuerpo ni dejaría una cicatriz antiestética en la piel.

El doctor supervisó su trabajo desde todos los ángulos; añadió un toque aquí y otro allá hasta conseguir una superficie lisa, casi perfecta. Barrió los últimos restos de tierra y los arrojó al horno. Hizo una pausa antes de guardar el pico y la pala que había estado usando, y aprovechó el momento para hacer otro barrido artístico con su espátula, con lo que emparejó la nueva superficie con el piso circundante. En ese momento de máxima concentración, la puerta del porche en la planta superior se cerró de golpe y emitió un sonido similar a la caída de un pedazo de artillería, lo cual, como era de esperarse, hizo que el doctor Rankin se sobresaltara como si le hubieran disparado.

El doctor levantó el rostro y frunció el ceño, al tiempo que agudizaba el oído. Escuchó dos pares de pies caminar sobre el resonante piso del porche. Oyó que se abría la puerta principal de la casa y que los visitantes entraban al vestíbulo, el cual comunicaba con el sótano a través de unos cuantos escalones. Escuchó silbidos y luego las voces de Buck y Bud.

—¡Doc! ¡Hola, Doc! ¡Están mordiendo el anzuelo! —exclamaban.

Ya fuera porque el doctor no estaba dispuesto a pescar ese día o porque, al igual que otros hombres de complexión robusta, sentía aversión a las sorpresas, o porque simplemente ansiaba terminar la tarea en cuestión sin interrupciones para después retomar otras labores de mayor importancia, no respondió de inmediato a la escandalosa invitación de sus amigos. En vez de eso, se quedó escuchando el llamado hasta que éste cesó, para luego transformarse en un diálogo confuso y alarmante.

—Supongo que salió.

—Dejaré una nota que diga que fuimos al arroyo, que nos alcance allá.